ETC.

CAMBOYA

A nueve años de la caída del gobierno de Pol Pot, Camboya intenta aún hoy salir del "año cero" en el que fue sumida durante los años en que los khmeres rojos, desde el poder, llevaron adelante uno de los experimentos político sociales más siniestros de los que se tiene noticias: la utopía rural que retrotrajo al país a su prehistoria cobró más de un millón de víctimas. Al tiempo que los vietnamitas comienzan lentamente a retirarse de Camboya luego de casi diez años de permanencia en el país, la repentina renuncia del príncipe Norodom Sihanuk al gobierno que lideraba en el exilio —registrada esta semana— abre un nuevo interrogante sobre el futuro de Camboya.



UNA PESADILLA EN ROJO Y NEGRO

Por Angel Santa Cruz

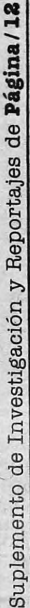
EL PAIS de Madrid

Quizá para los camboyanos cualquier tiempo pasado no fue peor. Las 5000 baldosas de plata repujada que forman el suelo del templo Esmeralda, en el palacio Real de Phnom Penh, a las orillas del Mekong, no son solamente el testimonio de un esplendor no muy lejano y de otras formas de arbitrariedad. Cuando se traspasan las verjas del palacio que habitó el rey Sihanuk, abuelo del actual príncipe-político, se entiende muy bien que Camboya no ha sido siempre un país-campo de refugiados devastado por las bombas, el hambre y una represión feroz. Nada de lo que hay dentro de este recinto amurallado y ajardinado —silencio, riqueza, limpieza, tranquilidad— recuerda a nada de lo que existe fuera. Es el mejor antídoto contra la locura fácil de creer que lo que se ve en las calles y los campos de Camboya en 1988 es lo único posible.

La pesadilla va a cumplir 20 años, los mismos transcurridos desde el comienzo de la *Operación Desayuno* —como se codificó el bombardeo secreto del país asiático ordenado por el presidente Nixon en 1969— hasta hoy, en que el ejército vietnamita permanece en el país *Khmer* y la guerra civil prosigue en forma de guerrilla. Entre aquella fecha y hoy hay algunos millones de muertos y más de 250.000 refugiados.

Al alba del 17 de abril de 1975, media docena de hombres menudos en pijama negro, con un pañuelo de cuadros rojos al cuello, entraban por el desierto bulevar Mosivong, de Phnom Penh: les seguía un viejo carro de combate cuya torreta describía ininterrumpidamente círculos completos. Era la avanzadilla de los *khmeres rojos* triunfantes, que a partir de ese día, y durante casi cuatro años, dominaron Camboya, la cortaron del mundo y llevaron adelante uno de los más siniestros experimentos político-sociales de que se tiene noticia.

Un 9 de enero, cuatro años después, miles de soldados vietnamitas armados hasta los dientes, precedidos por unidades acorazadas, entraban por la misma calle de la capital camboyana para arrasar a sus antiguos aliados comunistas y restaurar la razón. En su retirada hacia Tailandia los *khmeres* se llevaban

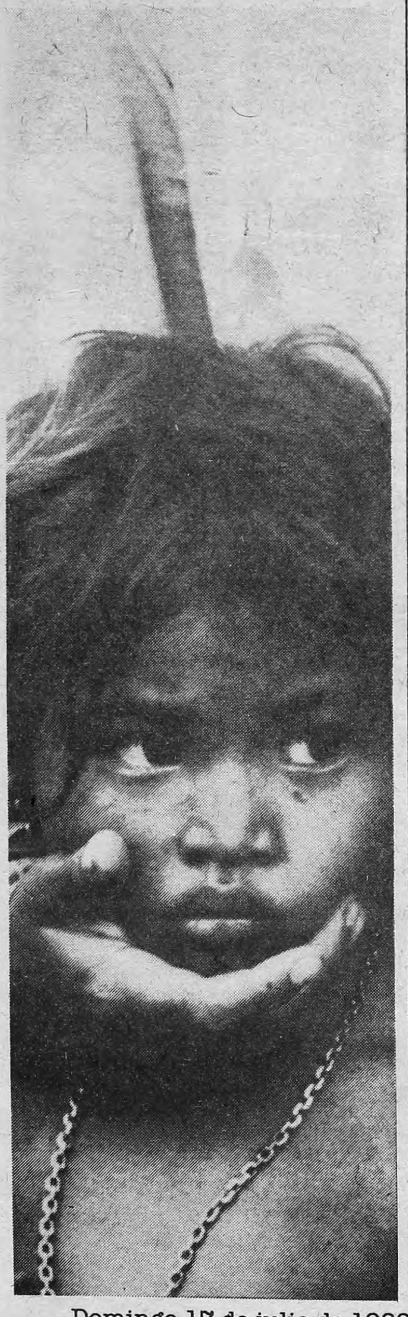


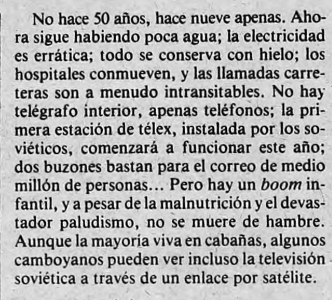
Una pesadilla en rojo y negro

consigo, a punta de fusil, a cuantos civiles podían. Era un campo de concentración ambulante.

El ejército vietnamita comenzó a abandonar Camboya lentamente. El mes pasado partieron 13.000 soldados. Pero aún permanecen diez divisiones y ha pasado el tiempo suficiente como para que quienes los vieron como salvadores los miren como colonizadores, y aquellos *khmeres rojos* derrotados hace nueve años han fortalecido una guerrilla de 40.000 hombres, situada en la frontera con Tailandia, que trae en jaque a las desmoralizadas tropas camboyanas y sus aliados vietnamitas y que, al decir de casi todos, se harían de nuevo con el poder si los 120.000 soldados de Hanoi se fueran mañana.

El país que hoy intenta salir de la frontera del *año cero* es el que dejó el régimen de Pol Pot, Saloth Sar es su verdadero nombre, entonces y ahora jefe de los *khmeres rojos*. La situación la describe telegráficamente un alto funcionario camboyano en un ministerio con pocas mesas y apenas papeles: "Después de la liberación (invasión vietnamita) no había agua, ni electricidad, ni ministerios, escuelas u hospitales. No había comida, no había dinero, ni mercados, ni carreteras...".





No hace 50 años, hace nueve apenas. Ahora sigue habiendo poca agua; la electricidad es errática; todo se conserva con hielo; los hospitales conmueven, y las llamadas carreteras son a menudo intransitables. No hay telégrafo interior, apenas teléfonos; la primera estación de télex, instalada por los soviéticos, comenzará a funcionar este año; dos buzones bastan para el correo de medio millón de personas... Pero hay un *boom* infantil, y a pesar de la malnutrición y el devastador paludismo, no se muere de hambre. Aunque la mayoría viva en cabañas, algunos camboyanos pueden ver incluso la televisión soviética a través de un enlace por satélite.

Desolación

Pol Pot destruyó los automóviles, los libros, las máquinas, los hospitales. Un embajador de los pocos acreditados en Phnom Penh recuerda con precisión la ciudad, donde hoy se agolpan 700.000 personas, la décima parte del país, en 1980: "Estaba vacía, no llegarían a 15.000 sus habitantes. Las casas estaban abiertas, y en las calles mandaban las ratas y se amontonaban los enseres domésticos entre la basura petrificada por el tiempo... El olor era insoportable por el calor, y frente a mi embajada había personas que comían hojas de los árboles y troncos de las plataneras... Por los campos la gente vagaba buscando a sus familiares o los restos de su aldea incendiada...".

Phnom Penh era en los años sesenta un destino turístico para ricos. Una ciudad de arquitectura colonial francesa, llana, con bulevares arbolados y bien trazados y elegantes casas de dos plantas pintadas de claro. Había muchos automóviles y, recuerdan los que la vivieron, multitud de anuncios luminosos. Lo que ha quedado tras los bombardeos, el tenebroso experimento de los *khmeres rojos* y una guerra civil inacabada, es una aglomeración que parece en algunas zonas un campo de refugiados y oscura de noche como boca de lobo, aunque en otras recuerde su pasada hermosura. Y todavía se mantiene, relajado, el toque de queda entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana.

En Camboya apenas hay médicos y medicamentos, no hay técnicos, escasean los profesores, no hay transporte público digno de ese nombre. Es una nación enclaustrada. Un vuelo semanal enlaza la capital con la vecina Saigón, en Vietnam. Se hace en un Antonov de hélice de Air Kampuchea tripulado por soviéticos; y viajaban ocho personas, siete de organismos internacionales, el día de mi llegada al aeropuerto de Pochentong.

Por eso el país es hoy el paraíso de esa plaga benéfica denominada organizaciones internacionales de ayuda. Todas, son decenas, tienen su sede en el hotel Monorom, que acoge a los escasísimos viajeros occidentales que llegan a Phnom Penh, hasta el punto que la mayoría de sus habitaciones están ocupadas por despachos de australianos, japoneses, británicos, franceses o norteamericanos, católicos, cuáqueros o adventistas, que utilizan como estanterías los armarios empapelados con números atrasados de *Pravda*. No hay periódicos diarios en Camboya. El resto de la ayuda la proporciona la cooperación bilateral: médicos y técnicos cubanos, checoslovacos, búlgaros...

El visionario régimen de Pol Pot, decidido a crear un *nuevo hombre* a costa del exterminio del anterior y de las mismas raíces de la cultura camboyana, dejó vivos medio centenar de médicos, no muchos más técnicos y administrativos y una legión de huérfanos. Los siete u ocho millones de habitantes del país asiático, aislado del mundo y vestido de negro por deseo del poder, de Angka (la *Organización*), fueron diezmados entre 1975 y 1978 por el asesinato, el hambre y los trabajos forzados. Las estimaciones más conservadoras cifran en un millón las víctimas de la utopía rural y revolucionaria del régimen de los *khmeres rojos*. Las más propagandísticas, en tres millones.

"No mataban a balazos, escaseaban las balas; lo hacían con hachas, palos o torturando", dice un testigo. Y los verdugos eran mayoritariamente adolescentes. En Choeung Ek, en las afueras de la capital, hay un testimonio macabro de este baño de sangre. Tuol Sleng, lo que fue un instituto de



bachillerato en Phnom Penh, es ahora el museo de los horrores. En sus celdas hechas apresuradamente de arcilla se llevó a la muerte a 16.000 personas. Están sus nombres y algunas fotografías.

Vivir para vivir

No hay familia camboyana que no haya sido diezmada por el *pogrom* de Pol Pot. "Eramos esclavos por dos cuencos de sopa al día", recuerda el encargado de uno de los escasos y arriesgados restaurantes de la capital, con los Beatles de fondo. "Trabajábamos la tierra de sol a sol, no teníamos qué ponernos y nos acusaban (los *khmeres*) de no saber cultivar el campo; no se podía protestar, porque te mataban... Somos muy religiosos, había 20.000 monjes budistas, ahora hay la cuarta parte. Yo, como todos, perdí a buena parte de los míos. No había dinero, se suprimió, se cambiaban unas cosas por otras."



Antes y despu

Durante la Segunda Guerra Mundial, Camboya fue ocupada por Japón. El 12 de marzo de 1945 el rey Norodom Sihanuk proclama la independencia. Pero los franceses vuelven a ocupar Indochina y recién en 1953, como consecuencia de la ofensiva vietnamita, Francia retira sus tropas de Camboya y la independencia entra en vigor. En 1955 Sihanuk abdica en favor de su padre para participar de lleno en la vida política. En 1960 asume el título de jefe de Estado. Durante los primeros años de la agresión norteamericana contra Vietnam, el gobierno de Camboya trató de mantener su neutralidad. Pero en 1965, luego de sufrir bombardeos de aviones del gobierno survietnamita controlado por los Estados Unidos, rompe relaciones con Washington.

1969: El presidente Nixon ordena la *Operación Desayuno* que comienza con el bombardeo secreto a Camboya el 18 de marzo, y se prolonga durante 14 meses.

1970: Sihanuk es derrocado por un golpe de Estado apoyado por la CIA y asume el poder el general Lon Nol. Los EE.UU. invaden Camboya con el fin de combatir a los guerrilleros comunistas del Khmer Rojo y dejan un saldo de 100.000 camboyanos muertos. El príncipe Sihanuk, exiliado en Pekín, con el apoyo del Khmer Rojo funda el Frente Unido Nacional de Kampuchea (FUNK).

1972: El FUNK controla el 85 por ciento del suelo camboyano y sus fuerzas logran cercar la capital. El gobierno del exilio tiene a Sihanuk como jefe de Estado y a Khieu Sampham como ministro de Defensa y jefe de las Fuerzas Armadas.

1975: La victoria del Khmer Rojo es total. La monarquía es sustituida por la República Democrática de Kampuchea.

1976: Se sanciona una nueva constitución y la Asamblea de Representantes del Pueblo ratifica a Sihanuk y a Khieu Sampham como jefes del Estado y el Gobierno, respectivamente. A su regreso del exilio en Pekín, Sihanuk es forzado a renunciar y mantenido en prisión domiciliaria. Pol Pot surge como el nuevo hombre fuerte del régimen. Kampuchea cierra sus fronteras y Pol Pot traslada en forma masiva la población urbana al campo para intensificar la producción agrícola y suprime la moneda. El hambre y las ejecuciones en masa reducen la población de 8 millones de habitantes a 4 millones y medio.

1977: El régimen estrecha lazos con China. Las tropas del Khmer Rojo invaden territorio vietnamita.

1978: Se crea el Frente Unido para la Salvación de Kampuchea —presidido por el general Heng Samrin— como consecuencia de las prácticas represivas del régimen y del conflicto con Vietnam.

1979: Con apoyo militar vietnamita, el 11 de enero se proclama la República Popular de Kampuchea. Heng Samrin define su política como de "independencia, no alineamiento y democracia rumbo al socialismo". Las principales figuras del régimen derrocado, encabezadas por Pol Pot, que desde la frontera tailandesa tratan de entablar una lucha

Una pesadilla en rojo y negro

consigo, a punta de fusil, a cuantos civiles podían. Era un campo de concentración ambulante.

El ejército vietnamita comenzó a abandonar Camboya lentamente. El mes pasado partieron 13.000 soldados. Pero aún permanecen diez divisiones y ha pasado el tiempo suficiente como para que quienes los vieron como salvadores los miren como colonizadores, y aquellos *khmeres rojos* derrotados hace nueve años han fortalecido una guerrilla de 40.000 hombres, situada en la frontera con Tailandia, que trae en jaque a las desmoralizadas tropas camboyanas y sus aliados vietnamitas y que, al decir de casi todos, se harían de nuevo con el poder si los 120.000 soldados de Hanoi se fueran mañana.

El país que hoy intenta salir de la frontera del *año cero* es el que dejó el régimen de Pol Pot, Saloth Sar es su verdadero nombre, entonces y ahora jefe de los *khmeres rojos*. La situación la describe telegráficamente un alto funcionario camboyano en un ministerio con pocas mesas y apenas papeles: "Después de la liberación (invasión vietnamita) no había agua, ni electricidad, ni ministerios, escuelas u hospitales. No había comida, no había dinero, ni mercados, ni carreteras...".



No hace 50 años, hace nueve apenas. Ahora sigue habiendo poca agua; la electricidad es errática; todo se conserva con hielo; los hospitales conmueven, y las llamadas carreteras son a menudo intransitables. No hay telégrafo interior, apenas teléfonos; la primera estación de télex, instalada por los soviéticos, comenzará a funcionar este año; dos buzones bastan para el correo de medio millón de personas... Pero hay un *boom* infantil, y a pesar de la malnutrición y el devastador paludismo, no se muere de hambre. Aunque la mayoría viva en cabañas, algunos camboyanos pueden ver incluso la televisión soviética a través de un enlace por satélite.

Desolación

Pol Pot destruyó los automóviles, los libros, las máquinas, los hospitales. Un embajador de los pocos acreditados en Phnom Penh recuerda con precisión la ciudad, donde hoy se agolpan 700.000 personas, la décima parte del país, en 1980: "Estaba vacía, no llegarían a 15.000 sus habitantes. Las casas estaban abiertas, y en las calles mandaban las ratas y se amontonaban los enseres domésticos entre la basura petrificada por el tiempo... El olor era insoportable por el calor, y frente a mi embajada había personas que comían hojas de los árboles y troncos de las plataneras... Por los campos la gente vagaba buscando a sus familiares o los restos de su aldea incendiada...".

Phnom Penh era en los años sesenta un destino turístico para ricos. Una ciudad de arquitectura colonial francesa, llana, con bulevares arbolados y bien trazados y elegantes casas de dos plantas pintadas de claro. Había muchos automóviles y, recuerdan los que la vivieron, multitud de anuncios luminosos. Lo que ha quedado tras los bombardeos, el tenebroso experimento de los *khmeres rojos* y una guerra civil inacabada, es una aglomeración que parece en algunas zonas un campo de refugiados y oscura de noche como boca de lobo, aunque en otras recuerde su pasada hermosura. Y todavía se mantiene, relajado, el toque de queda entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana.

En Camboya apenas hay médicos y medicamentos, no hay técnicos, escasean los profesores, no hay transporte público digno de ese nombre. Es una nación enclaustrada. Un vuelo semanal enlaza la capital con la vecina Saigón, en Vietnam. Se hace en un Antonov de hélice de Air Kampuchea tripulado por soviéticos; y viajaban ocho personas, siete de organismos internacionales, el día de mi llegada al aeropuerto de Pochentong.

Por eso el país es hoy el paraíso de esa plaga benéfica denominada organizaciones internacionales de ayuda. Todas, son decenas, tienen su sede en el hotel Monorom, que acoge a los escasísimos viajeros occidentales que llegan a Phnom Penh, hasta el punto que la mayoría de sus habitaciones están ocupadas por despachos de australianos, japoneses, británicos, franceses o norteamericanos, católicos, cuáqueros o adventistas, que utilizan como estanterías los armarios empapelados con números atrasados de *Pravda*. No hay periódicos diarios en Camboya. El resto de la ayuda la proporciona la cooperación bilateral: médicos y técnicos cubanos, checoslovacos, búlgaros...

El visionario régimen de Pol Pot, decidido a crear un *nuevo hombre* a costa del exterminio del anterior y de las mismas raíces de la cultura camboyana, dejó vivos medio centenar de médicos, no muchos más técnicos y administrativos y una legión de huérfanos. Los siete u ocho millones de habitantes del país asiático, aislado del mundo y vestido de negro por deseo del poder, de Angka (la *Organización*), fueron diezmados entre 1975 y 1978 por el asesinato, el hambre y los trabajos forzados. Las estimaciones más conservadoras cifran en un millón las víctimas de la utopía rural y revolucionaria del régimen de los *khmeres rojos*. Las más propagandísticas, en tres millones.

"No mataban a balazos, escaseaban las balas; lo hacían con hachas, palos o torturando", dice un testigo. Y los verdugos eran mayoritariamente adolescentes. En Choeung Ek, en las afueras de la capital, hay un testimonio macabro de este baño de sangre. Tuol Sleng, lo que fue un instituto de



Gentileza: Warner Bros South Inc.

bachillerato en Phnom Penh, es ahora el museo de los horrores. En sus celdas hechas apresuradamente de arcilla se llevó a la muerte a 16.000 personas. Están sus nombres y algunas fotografías.

Vivir para vivir

No hay familia camboyana que no haya sido diezmada por el *pogrom* de Pol Pot. "Eramos esclavos por dos cuencos de sopa al día", recuerda el encargado de uno de los escasos y arriesgados restaurantes de la capital, con los Beatles de fondo. "Trabajábamos la tierra de sol a sol, no teníamos qué ponernos y nos acusaban (los *khmeres*) de no saber cultivar el campo; no se podía protestar, porque te mataban... Somos muy religiosos, había 20.000 monjes budistas, ahora hay la cuarta parte. Yo, como todos, perdí a buena parte de los míos. No había dinero, se suprimió, se cambiaban unas cosas por otras."



Todavía hoy Camboya no tiene contabilidad nacional. Es inútil preguntar por la renta por habitante o por las cifras de empleo. Se vive para subsistir cada día. Se vende y se compra todo lo poco que hay, desde frutas y verduras hasta cerdos y búfalos escuálidos, pero comienza a haberlo. Todo lo da la tierra, en la que trabaja, ése sí es dato oficial, más del 80 por ciento de la población. El campo y los anchos, terrosos y mansos ríos de Camboya mantienen abastecidos los mercados, aunque cuando se sale de Phnom Penh la noción de comercio virtualmente desaparezca.

Lo que no sale de la tierra lo proporciona el contrabando, especialmente floreciente con Tailandia y Singapur. Barquitas camboyanas abordan en aguas tranquilas del golfo de Tailandia a los mercantes que llevan desde Bangkok o Singapur radios, videos, bolígrafos o quesitos franceses. Son muy pocos los que pueden pagar los artefactos electrónicos (un televisor color equivale a un sueldo medio de cinco años) o los ciclomotores japoneses, pero entre ellos figuran altos funcionarios del régimen instalado por los vietnamitas y algunos comerciantes. Nunca un empleado, que gana entre 300 y 500 riels mensuales (no más de cinco dólares al cambio oficial) por trabajar seis días cada semana y se siente feliz si puede hacer realidad su sueño de una buena bicicleta.

En Camboya, sostenida por la Unión Soviética —140 millones de dólares en 1985— y apuntalada por una forzosa austeridad monacal, la noción de consumo es inexistente. La economía está basada en el autoabastecimiento. Todo se repara hasta el infinito, todo tiene usos alternativos en un país potencialmente rico, pero puesto de rodillas por una guerra sin fin. Una botella de gasolina y un embudo en una esquina son un *empleo*, alguien necesitará medio litro para llegar a su destino. El país ha sobrevivido en parte gracias al oro y las joyas, "lo único que Pol Pot no pudo quitarnos, porque es muy fácil de esconder". De mejores tiempos pasados, de los tiempos del *príncipe* (Sihanuk), en casi todas las familias camboyanas se conservaban anillos, pendientes y pulseras. Esos adornos han nutrido y nutren aún una frenética compraventa en los mercados de Phnom Penh y han servido *in extremis* para vestir o dar de comer a los hijos.

"Tenemos caucho, tabaco, arroz, madera. Podríamos venderlo a precio de mercado a los japoneses y ganar muchos dólares, pero nos dicen que hay que ayudar a los amigos socialistas, que no debemos hacer el juego a los capitalistas... Esa cerveza que usted bebe (33 Export) podríamos hacerla aquí, pero Vietnam nos dice: 'Sus fábricas no funcionan, sus máquinas no funcionan, así que cómprennosla a nosotros'. Hacemos lo que Vietnam dice, que para eso tiene aquí tal cantidad de soldados..." El comensal que se queja cree que todo cambiará cuando vuelva el príncipe Norodom Sihanuk, *el Deseado*, y su opinión parece compartida por buena parte de los camboyanos y, desde otra perspectiva, por el propio gobierno comunista de Heng Samrim.

Phnom Penh mantiene oficialmente desde diciembre pasado conversaciones con Sihanuk para propiciar un acuerdo que permita el regreso del príncipe a Camboya, y con él, el fin de la guerra y del aislamiento internacional. El *príncipe* es trabajo y dinero en el recuerdo de los camboyanos mayores, porque un exilio de 17 años lo hace inexistente para los jóvenes. Norodom Sihanuk, tan extravagante como inteligente, es a sus 65 años el único nacionalista aceptable en Camboya para todas las partes. Sabe que por su persona pasan las esperanzas de su pueblo exhausto y sabe que el gobierno lo corteja, a pesar de no fiarse, porque lo ve como eje de un compromiso internacional que acabe con la pesadilla actual. Y lo explota.

El príncipe volátil

Sihanuk y el primer ministro, Hun Sen, se entrevistaron en París a finales del año pasado, y acordaron en realizar nuevos encuentros en Delhi y Pyongyang (Corea del Norte), uno de los cuarteles generales del príncipe prisionero políticamente de Pekín. "El príncipe es muy volátil", afirma un miembro del gobierno camboyano que lo conoce bien, "...nunca se sabe lo que está pensando, pero estamos dispuestos a proponerle un puesto elevado, político, en la dirección del país".

El puesto —se especuló entonces— podría ser tan elevado como la presidencia de un gobierno provisional. El problema —aceptaban los partidarios de la propuesta— es que Sihanuk exige previamente la retirada de las tropas vietnamitas, prevista para 1990, y el desmantelamiento del actual gobierno comunista de la República Popular de Kampuchea.

Sihanuk, que ha dado fama a sus golpes de teatro, dirigió desde 1982 y hasta el lunes pasado —día en que anunció su renuncia y su retiro al exilio en París— una alianza tripartita sin parangón, el Gobierno de Coalición de Camboya Democrática, que funcionó como gobierno en el exilio. Los socios del príncipe en este contrapoder, reconocido como legítimo por las Naciones Unidas y con asiento en la ONU, eran los *khmeres rojos* de Pol Pot —la voz cantante, obedientes y pagados por Pekín— y un partido derechista desmenuzado, el Frente Nacional de Liberación del Pueblo Khmer, del ex primer ministro Son Sann. Los *khmeres rojos*, como el propio príncipe los bautizó benévolamente a principios de los años setenta, después de ser derrocado, mataron durante su dominio en Camboya a cinco hijos y 14 nietos de Sihanuk. Pekín mantiene este frágil matrimonio con el designio único de tener en jaque a Vietnam, el enemigo por antonomasia.

China no sólo impide el divorcio —Sihanuk ha hecho el último intento en enero, pero en febrero anunció su vuelta al redil—; también costea económicamente y hace posible políticamente la guerrilla que combate al régimen de Phnom Penh. Así, los insurgentes, su núcleo son los *khmeres*, están abastecidos de armas por Pekín, asilados por Tailandia en los campos fronterizos y alimentados y cuidados por las Naciones Unidas y las organizaciones humanitarias. Los campos de refugiados, que a lo largo de 600 kilómetros de jungla y montaña albergan a más de 250.000 personas —la mayoría adolescentes y en buen número rehenes de Pol Pot para asegurarse la ayuda internacional—, son en realidad bases logísticas de la guerrilla. Uno de ellos, Site 2, es la segunda ciudad camboyana del mundo por población.

Este despropósito no es fruto de un multilateral plan maquiavélico. Es consecuencia de que los bandos enfrentados en Camboya (Moscú y Vietnam, por un lado; Pekín, con el visto bueno de EE.UU. y los países de la ASEAN por otro) explotan el humanitarismo en su propio beneficio y mantienen un punto muerto político que prolonga el sufrimiento de siete millones de personas.

Sin embargo, el pasado lunes, el secretario de Estado norteamericano, George Shultz declaró en Yakarta que percibía un compromiso más firme tanto de la Unión Soviética como de China para poner fin a la guerra en Camboya. Ese mismo día el príncipe Sihanuk anunció su renuncia. "Por serias razones, que es imposible para mí enumerar o explicar en este momento, estoy obligado a renunciar a la presidencia de Camboya Democrática", dijo el príncipe para quien nada es definitivo. Sus colaboradores relativizaron la decisión de Sihanuk. "Tiene algo en mente —dijeron—. Hará algo en beneficio del pueblo camboyano. Quiere reducir el sufrimiento de la guerra."



La dimisión del príncipe y su retiro al exilio en París preocupó a los diplomáticos que preparaban un encuentro para el 25 de julio en Yakarta en el que estaban depositadas las esperanzas de paz. Las conversaciones reunirían en la primera ronda a los tres grupos guerrilleros y al primer ministro Hun Sen. Vietnam, Laos y los Estados de la ASEAN tomarían parte en una inmediata segunda fase.

Al renunciar, Sihanuk prometió que su hijo y vocero, el príncipe Norodom Ranariddh, tomaría su lugar en el encuentro de Yakarta. Los diplomáticos, sin embargo, no descartan que a último momento el príncipe cambie de opinión. "Que se haya alejado de la Coalición —dijeron—, no significa que no vaya a asistir a título personal".

Los constantes arrepentimientos de Sihanuk con sus decisiones ya no sorprenden a nadie. El pasado mes de enero aseguró que renunciaba como consecuencia del fracaso de sus conversaciones con el primer ministro. Pero en marzo, dio marcha atrás. Ahora, los diplomáticos del área intentan adivinar la jugada que se propone el príncipe con su retirada. Algunos aseguran que la intención de Sihanuk es presionar a China para neutralizar a los *khmeres rojos*. Otros, sospechan que está tratando de forzar a Vietnam para que acuda a las charlas con una actitud conciliatoria. Sólo el tiempo podrá explicar las causas de una renuncia que sorprendió al propio Shultz. "No sé cómo interpretarla", dijo el secretario de Estado norteamericano cuando recibió la noticia en Yakarta.

Recuerdos de la guerra

Oficialmente no hay guerra en Camboya.



Antes y después del año cero

Durante la Segunda Guerra Mundial, Camboya fue ocupada por Japón. El 12 de marzo de 1945 el rey Norodom Sihanuk proclama la independencia. Pero los franceses vuelven a ocupar Indochina y recién en 1953, como consecuencia de la ofensiva vietnamita, Francia retira sus tropas de Camboya y la independencia entra en vigor. En 1955 Sihanuk abdica en favor de su padre para participar de lleno en la vida política. En 1960 asume el título de jefe de Estado. Durante los primeros años de la agresión norteamericana contra Vietnam, el gobierno de Camboya trató de mantener su neutralidad. Pero en 1965, luego de sufrir bombardeos de aviones del gobierno survietnamita controlado por los Estados Unidos, rompe relaciones con Washington.

1969: El presidente Nixon ordena la *Operación Desayuno* que comienza con el bombardeo secreto a Camboya el 18 de marzo, y se prolonga durante 14 meses.

1970: Sihanuk es derrocado por un golpe de Estado apoyado por la CIA y asume el poder el general Lon Nol. Los EE.UU. invaden Camboya con el fin de combatir a los guerrilleros comunistas del Khmer Rojo y dejan un saldo de 100.000 camboyanos muertos. El príncipe Sihanuk, exiliado en Pekín, con el apoyo del Khmer Rojo funda el Frente Unido Nacional de Kampuchea (FUNK).

1972: El FUNK controla el 85 por ciento del suelo camboyano y sus fuerzas logran cercar la capital. El gobierno del exilio tiene a Sihanuk como jefe de Estado y a Khieu Sampham como ministro de Defensa y jefe de las Fuerzas Armadas.

1975: La victoria del Khmer Rojo es total. La monarquía es sustituida por la República Democrática de Kampuchea.

1976: Se sanciona una nueva constitución y la Asamblea de Representantes del Pueblo ratifica a Sihanuk y a Khieu Sampham como jefes del Estado y el Gobierno, respectivamente. A su regreso del exilio en Pekín, Sihanuk es forzado a renunciar y mantenido en prisión domiciliaria. Pol Pot surge como el nuevo hombre fuerte del régimen. Kampuchea cierra sus fronteras y Pol Pot traslada en forma masiva la población urbana al campo para intensificar la producción agrícola y suprime la moneda. El hambre y las ejecuciones en masa reducen la población de 8 millones de habitantes a 4 millones y medio.

1977: El régimen estrecha lazos con China. Las tropas del Khmer Rojo invaden territorio vietnamita.

1978: Se crea el Frente Unido para la Salvación de Kampuchea —presidido por el general Heng Samrin— como consecuencia de las prácticas represivas del régimen y del conflicto con Vietnam.

1979: Con apoyo militar vietnamita, el 11 de enero se proclama la República Popular de Kampuchea. Heng Samrin define su política como de "independencia, no alineamiento y democracia rumbo al socialismo". Las principales figuras del régimen derrocado, encabezadas por Pol Pot, que desde la frontera tailandesa tratan de entablar una lucha guerrillera contra el gobierno kampucheano, son juzgadas por crímenes de guerra.

1980: Las Naciones Unidas (ONU) reconocen al Khmer Rojo —bajo el nombre de Gobierno de Kampuchea Democrática— como legítimo gobierno del país, con el argumento de que su derrocamiento era fruto de la intervención militar vietnamita.

1982: La Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), principal apoyo de la oposición, presiona junto con China por el reagrupamiento de los opositores al gobierno: Sihanuk, el llamado "Khmer Serei" liderado por Son Sann, ex primer ministro del príncipe, y Khieu Sampham, quienes el 22 de junio anunciaron la formación de un gobierno provisorio en el exilio. Vietnam y el gobierno central por un lado; el frente opositor y los países de la ASEAN, China y los Estados Unidos, por otro. Los ejes de la guerra estaban definidos y dispuestos al enfrentamiento.





Gentileza: Warner Bros South Inc.



Todavía hoy Camboya no tiene contabilidad nacional. Es inútil preguntar por la renta por habitante o por las cifras de empleo. Se vive para subsistir cada día. Se vende y se compra todo lo poco que hay, desde frutas y verduras hasta cerdos y búfalos escuálidos, pero comienza a haberlo. Todo lo da la tierra, en la que trabaja, ése si es dato oficial, más del 80 por ciento de la población. El campo y los anchos, terrosos y mansos ríos de Camboya mantienen abastecidos los mercados, aunque cuando se sale de Phnom Penh la noción de comercio virtualmente desaparezca.

Lo que no sale de la tierra lo proporciona el contrabando, especialmente floreciente con Tailandia y Singapur. Barquitas camboyanas abordan en aguas tranquilas del golfo de Tailandia a los mercantes que llevan desde Bangkok o Singapur radios, videos, bolígrafos o quesitos franceses. Son muy pocos los que pueden pagar los artefactos electrónicos (un televisor color equivale a un sueldo medio de cinco años) o los ciclomotores japoneses, pero entre ellos figuran altos funcionarios del régimen instalado por los vietnamitas y algunos comerciantes. Nunca un empleado, que gana entre 300 y 500 riels mensuales (no más de cinco dólares al cambio oficial) por trabajar seis días cada semana y se siente feliz si puede hacer realidad su sueño de una buena bicicleta.

En Camboya, sostenida por la Unión Soviética —140 millones de dólares en 1985— y apuntalada por una forzosa austeridad monacal, la noción de consumo es inexistente. La economía está basada en el autoabastecimiento. Todo se repara hasta el infinito, todo tiene usos alternativos en un país potencialmente rico, pero puesto de rodillas por una guerra sin fin. Una botella de gasolina y un embudo en una esquina son un *empleo*, alguien necesitará medio litro para llegar a su destino. El país ha sobrevivido en parte gracias al oro y las joyas, ''lo único que Pol Pot no pudo quitarnos, porque es muy fácil de esconder''. De mejores tiempos pasados, de los tiempos del *príncipe* (Sihanuk), en casi todas las familias camboyanas se conservaban anillos, pendientes y pulseras. Esos adornos han nutrido y nutren aún una frenética compraventa en los mercados de Phnom Penh y han servido *in extremis* para vestir o dar de comer a los hijos.

''Tenemos caucho, tabaco, arroz, madera. Podríamos venderlo a precio de mercado a los japoneses y ganar muchos dólares, pero nos dicen que hay que ayudar a los amigos socialistas, que no debemos hacer el juego a los capitalistas... Esa cerveza que usted bebe (33 Export) podríamos hacerla aquí, pero Vietnam nos dice: 'Sus fábricas no funcionan, sus máquinas no funcionan, así que cómprennosla a nosotros'. Hacemos lo que Vietnam dice, que para eso tiene aquí tal cantidad de soldados...'' El comensal que se queja cree que todo cambiará cuando vuelva el príncipe Norodom Sihanuk, *el Deseado*, y su opinión parece compartida por buena parte de los camboyanos y, desde otra perspectiva, por el propio gobierno comunista de Heng Samrim.

Phnom Penh mantiene oficialmente desde diciembre pasado conversaciones con Sihanuk para propiciar un acuerdo que permita el regreso del príncipe a Camboya, y con él, el fin de la guerra y del aislamiento internacional. El *príncipe* es trabajo y dinero en el recuerdo de los camboyanos mayores, porque un exilio de 17 años lo hace inexistente para los jóvenes. Norodom Sihanuk, tan extravagante como inteligente, es a sus 65 años el único nacionalista aceptable en Camboya para todas las partes. Sabe que por su persona pasan las esperanzas de su pueblo exhausto y sabe que el gobierno lo corteja, a pesar de no fiarse, porque lo ve como eje de un compromiso internacional que acabe con la pesadilla actual. Y lo explota.

El príncipe volátil

Sihanuk y el primer ministro, Hun Sen, se entrevistaron en París a finales del año pasado, y acordaron en realizar nuevos encuentros en Delhi y Pyongyang (Corea del Norte), uno de los cuarteles generales del príncipe prisionero políticamente de Pekín. ''El príncipe es muy volátil'', afirma un miembro del gobierno camboyano que lo conoce bien, ''...nunca se sabe lo que está pensando, pero estamos dispuestos a proponerle un puesto elevado, político, en la dirección del país''.

El puesto —se especuló entonces— podría ser tan elevado como la presidencia de un gobierno provisional. El problema —aceptaban los partidarios de la propuesta— es que Sihanuk exige previamente la retirada de las tropas vietnamitas, prevista para 1990, y el desmantelamiento del actual gobierno comunista de la República Popular de Kampuchea.

Sihanuk, que ha dado fama a sus golpes de teatro, dirigió desde 1982 y hasta el lunes pasado —día en que anunció su renuncia y su retiro al exilio en París— una alianza tripartita sin parangón, el Gobierno de Coalición de Camboya Democrática, que funcionó como gobierno en el exilio. Los socios del príncipe en este contrapoder, reconocido como legítimo por las Naciones Unidas y con asiento en la ONU, eran los *khmeres rojos* de Pol Pot —la voz cantante, obedientes y pagados por Pekín— y un partido derechista desmenuzado, el Frente Nacional de Liberación del Pueblo Khmer, del ex primer ministro Son Sann. Los *khmeres rojos*, como el propio príncipe los bautizó benévolamente a principios de los años setenta, después de ser derrocado, mataron durante su dominio en Camboya a cinco hijos y 14 nietos de Sihanuk. Pekín mantiene este frágil matrimonio con el designio único de tener en jaque a Vietnam, el enemigo por antonomasia.

China no sólo impide el divorcio —Sihanuk ha hecho el último intento en enero, pero en febrero anunció su vuelta al redil—; también costea económicamente y hace posible políticamente la guerrilla que combate al régimen de Phnom Penh. Así, los insurgentes, su núcleo son los *khmeres*, están abastecidos de armas por Pekín, asilados por Tailandia en los campos fronterizos y alimentados y cuidados por las Naciones Unidas y las organizaciones humanitarias. Los campos de refugiados, que a lo largo de 600 kilómetros de jungla y montaña albergan a más de 250.000 personas —la mayoría adolescentes y en buen número rehenes de Pol Pot para asegurarse la ayuda internacional—, son en realidad bases logísticas de la guerrilla. Uno de ellos, Site 2, es la segunda ciudad camboyana del mundo por población.

Este despropósito no es fruto de un multilateral plan maquiavélico. Es consecuencia de que los bandos enfrentados en Camboya (Moscú y Vietnam, por un lado; Pekín, con el visto bueno de EE.UU. y los países de la ASEAN por otro) explotan el humanitarismo en su propio beneficio y mantienen un punto muerto político que prolonga el sufrimiento de siete millones de personas.

Sin embargo, el pasado lunes, el secretario de Estado norteamericano, George Shultz declaró en Yakarta que percibía un compromiso más firme tanto de la Unión Soviética como de China para poner fin a la guerra en Camboya. Ese mismo día el príncipe Sihanuk anunció su renuncia. ''Por serias razones, que es imposible para mí enumerar o explicar en este momento, estoy obligado a renunciar a la presidencia de Camboya Democrática'', dijo el príncipe para quien nada es definitivo. Sus colaboradores relativizaron la decisión de Sihanuk. ''Tiene algo en mente —dijeron—. Hará algo en beneficio del pueblo camboyano. Quiere reducir el sufrimiento de la guerra.''



La dimisión del príncipe y su retiro al exilio en París preocupó a los diplomáticos que preparaban un encuentro para el 25 de julio en Yakarta en el que estaban depositadas las esperanzas de paz. Las conversaciones reunirían en la primera ronda a los tres grupos guerrilleros y al primer ministro Hun Sen. Vietnam, Laos y los Estados de la ASEAN tomarían parte en una inmediata segunda fase.

Al renunciar, Sihanuk prometió que su hijo y vocero, el príncipe Norodom Ranariddh, tomaría su lugar en el encuentro de Yakarta. Los diplomáticos, sin embargo, no descartan que a último momento el príncipe cambie de opinión. ''Que se haya alejado de la Coalición —dijeron—, no significa que no vaya a asistir a título personal''.

Los constantes arrepentimientos de Sihanuk con sus decisiones ya no sorprenden a nadie. El pasado mes de enero aseguró que renunciaba como consecuencia del fracaso de sus conversaciones con el primer ministro. Pero en marzo, dio marcha atrás. Ahora, los diplomáticos del área intentan adivinar la jugada que se propone el príncipe con su retirada. Algunos aseguran que la intención de Sihanuk es presionar a China para neutralizar a los *khmeres rojos*. Otros, sospechan que está tratando de forzar a Vietnam para que acuda a las charlas con una actitud conciliatoria. Sólo el tiempo podrá explicar las causas de una renuncia que sorprendió al propio Shultz. ''No sé cómo interpretarla'', dijo el secretario de Estado norteamericano cuando recibió la noticia en Yakarta.

Recuerdos de la guerra

Oficialmente no hay guerra en Camboya.



és del año cero

guerrillera contra el gobierno kampucheano, son juzgadas por crímenes de guerra.

1980: Las Naciones Unidas (ONU) reconocen al Khmer Rojo —bajo el nombre de Gobierno de Kampuchea Democrática— como legítimo gobierno del país, con el argumento de que su derrocamiento era fruto de la intervención militar vietnamita.

1982: La Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), principal apoyo de la oposición, presiona junto con China por el reagrupamiento de los opositores al gobierno: Sihanuk, el llamado ''Khmer Serei'' liderado por Son Sann, ex primer ministro del príncipe, y Khieu Sampham, quienes el 22 de junio anunciaron la formación de un gobierno provisorio en el exilio. Vietnam y el gobierno central por un lado; el frente opositor y los países de la ASEAN, China y los Estados Unidos, por otro. Los ejes de la guerra estaban definidos y dispuestos al enfrentamiento.





Los periodistas extranjeros, admitidos con cuentagotas, no pueden ir a la provincia occidental de Battambang o al templo de Angkor, emblema nacional, saqueado y decrépito, porque "las carreteras no permiten llegar" o "no podemos costear el avión necesario para ello". Pero la gente te cuenta los combates en Siem Reap, donde está Angkor, y hay que llegar a Bangkok para ver en los periódicos las fotografías, tomadas por los guerrilleros, de la lucha en el Tonle Sap (Gran Lago), escenario reciente de uno de los numerosos enfrentamientos que se producen. La guerra, sin embargo, está en la calle, donde los jóvenes con muletas, víctimas de las minas, son moneda corriente; o en las carreteras, salpicadas cada pocos kilómetros de puestos militares y barreras de control.

"Antes, el abastecimiento a la guerrilla llegaba directamente por camión desde Tailandia, pero desde que los vietnamitas iniciaron lo que llaman *plan K-6*, minado y alambrado a lo largo de la frontera, las cosas se han complicado. El avituallamiento, la munición y las medicinas llegan a las bases guerrilleras en el interior de Camboya (cuya existencia el gobierno no admite) a hombros de combatientes, tras largas marchas desde los campos de refugiados. Las operaciones duran a veces meses". Lo cuenta apenas audiblemente un *reinsertado*, un ex *khmer rojo* de 28 años que ha permanecido desde los 13 en las filas de Pol Pot y ha desertado acogiéndose a la política de conciliación del régimen. Vive recluido en una aldea de 600 habitantes perdida entre los palmerales de la provincia de Takeo, al sur del país. Acaba de casarse y no quiere recordar nada. Pellizca obsesivamente un almohadón sobre la esterilla de la cama y nunca mira de frente.

Los novios

Phnom Penh, domingo, seis y media de la tarde, anochece. Bajo unos toldos de colores, en una acera, una orquestina con vocalista ataca música bailable. Un centenar de personas comen y beben para festejar la boda que acaba de celebrarse. Los novios, muy jóvenes, se fotografían junto a sus amigos. Marx y Lenin presiden el jolgorio desde sendos dibujos colgados en una pared. Un generador rudimentario ha sido dispuesto para mantener fría la bebida. Hace sus buenos treinta y pico grados, y los curiosos son casi tantos como los invitados al banquete. Justo al lado, una vendedora de hielo se afana cortando barras, y unos niños ofrecen a la venta un montón de sandías. Quizá mañana no haya para comer, pero la fiesta debe ser esplendorosa; así son los camboyanos, coinciden en señalar los extranjeros veteranos: nunca les faltará motivo para correrse una juerga cuando llega el momento.

El matrimonio que acaba de formarse va a tener cuatro o cinco hijos, si las cosas siguen al ritmo actual. Y podrá divorciarse, siempre que sea de mutuo acuerdo. Es más probable, sin embargo, que la lucha por la vida cada día les quite el tiempo que exigen las crisis sentimentales. Alguien les pregunta a voces qué es lo que con más fuerza desean este día. "Vivir en paz en Camboya", me traducen.

NORODOM SIHANUK

LA SAGA DEL PRINCIPE



Por Adriana Schettini

Cuando nació, los astrólogos le dijeron a su madre que no debía permanecer en el palacio. De lo contrario, moriría. Entonces, el príncipe Sihanuk fue puesto bajo el cuidado de un campesino, y su infancia transcurrió en un pueblo que solo abandonó para ir a la escuela. En aquel momento sabía bien lo que quería: seguir la carrera literaria, estudiar griego, latín, historia y filosofía. La música y el arte le bastaban para explicar el mundo. "Pero lo he equivocado todo", dijo Sihanuk en una entrevista concedida a Oriana Falacci en 1973. "Yo soy una artista —aceptó—. Y, en cambio, me he encontrado haciendo de rey y haciendo política". Así, desde 1941 ha sido rey de Camboya, jefe de Estado, príncipe, primer ministro, jefe de gobierno en el exilio, y finalmente, presidente de Camboya Democrática, cargo al que renunció el pasado lunes 11 de julio.

"Amo a mi país más que a nadie en este mundo", repitió Sihanuk una y otra vez. Sin embargo, el amor patriótico no le impidió gozar de los encantos femeninos. Defensor encarnizado de la poligamia porque "evita la hipocresía y los bostezos", llegó a tener hasta cinco favoritas, que fueron madres de once de sus hijos. Cinco amantes no parecen ser gran cosa si se las compara con las sesenta que tenía su abuelo y las trescientas de su bisabuelo. "No entiendo cómo podía arreglárselas mi abuelo considerando que a aquellas sesenta las usaba: tuvo doscientos hijos" dijo el playboy hereditario. "En cuanto a mi bisabuelo —agregó— nadie me quita de la cabeza que, por lo menos la mitad, las tenía por figurar".

"Todas estas frivolidades les encantan a los norteamericanos —declaró el príncipe en su entrevista de siete horas con Oriana Falacci—. Pero el verdadero Sihanuk no es un personaje de harem". "Es un hombre —dijo de sí mismo— que en 1954 renunció a un trono para hacerse elegir democráticamente. Un hombre que durante diecisiete años consiguió mantener la paz en Camboya. Y un hombre que había visto claro cuando repetía a los sordos: "No os dejéis seducir por los norteamericanos. Con ellos no nos convertiremos ni siquiera en una segunda Tailandia vendida a los dólares del tío Sam. Nos convertiremos en un segundo Vietnam".

Acusado de mentiroso, desequilibrado, oportunista y calculador, el príncipe conserva aún hoy la capacidad de sorprender permanentemente tanto a sus enemigos como a sus aliados. En esto coinciden hasta los norteamericanos a quienes se debe la famosa frase: "En algo estamos irremediablemente de acuerdo. No existe nada, en esta tierra, como Sihanuk".

Los grandes estadistas, por lo general, no dirigen orquestas de jazz, no tocan el saxo ni actúan en comedias escritas por ellos mismos con el único objetivo de combatir el tedio. Sihanuk, sin embargo, era un jefe de Estado que no sólo hacía todo esto sino que, además, componía canciones, iba por las provincias a cantarlas con el pueblo y, más aún, se las hacía entonar a los representantes del cuerpo diplomático. "Qué tenía eso de malo?", se preguntó. "Por qué un jefe de Estado debe recibir a los embajadores de modo austero, organizando bailes aburridos y cacerías de faisanes"?, insistió.

Pero en 1970, derrocado por el golpe de Estado de Lon Nol, el príncipe debió abandonar su Alfa Romeo, su Lancia y su Mercedes 250 SL, junto con lo que él mismo definió como "una alegría de vivir hecha de despreocupación". Todo le fue confiscado: las propiedades territoriales, los objetos personales, sus automóviles, sus perros y hasta las joyas y el guardarropas de su mujer.

Entonces vinieron los tiempos del exilio en Pekín. "Sihanuk —le dijo entonces Mao Tse-tung—, yo no me atrevo a ofrecerle lo que usted no pide, porque temo pasar por alguien que pretende hacer imposiciones. Deberá ser usted quien diga lo que quiere y nosotros obedeceremos". Sin renunciar a su frivolidad, el príncipe pidió y los chinos obedecieron. Chu En-lai le hizo construir expresamente una piscina cubierta con agua fría en verano y caliente en invierno. Siete cocineros y siete pasteleros se consagraron a la tarea de preparar sus platos preferidos. De París, trajeron su adorado *foie-gras*. "Ni con el corazón hecho pedazos me avengo a renunciar al *foie-gras*", había advertido Sihanuk. Sólo un deseo quedó insatisfecho: él ama el *foie-gras* fresco y el de París llegaba enlatado. En compensación, pusieron a su disposición un excelente piano donde el príncipe compuso las cancioncillas que logró hacer cantar en todas las escuelas chinas y en todas las comunas revolucionarias.

En el exilio, Sihanuk se reprochó a sí mismo, sin piedad, haber sido derrocado por Lon Nol. "Cualquiera puede cometer errores —aceptó—. Pero fiarse de Lon Nol y dejarse tomar el pelo por él, no: es un error demasiado grave". Un mariscal norcoreano intentó explicarle las causas de su derrota: "La razón por la que su jefe de Estado Mayor ha dado un golpe de Estado —le dijo—, es que usted no se ocupaba directamente del ejército". Sihanuk lo fulminó con la mirada y le respondió: "Monsieur, usted es un militar de carrera y de vocación. Yo soy un artista. Me gusta dedicarme al teatro, al cine, a la música y a la literatura. Su escuela militar no me ha atraído jamás". Un año después, el príncipe le confiaba a Oriana Falacci: "No me gusto en absoluto, mademoiselle. No me gusta nada de mi personaje. Si tuviera que volver a nacer, no elegiría ser lo que he sido".

Pero el libreto ya había sido escrito. Debía ser dirigente hasta el final de la comedia. Y él lo sabía. "La política es un engranaje terrible: cuando se está dentro no hay manera de salir", se resignó Sihanuk. Y después del exilio, los hechos se sucedieron inevitables: su ratificación como jefe de Estado, luego la prisión domiciliaria, y finalmente el gobierno de coalición de Camboya Democrática nuevamente en el exilio.

El pasado 11 de julio Sihanuk intentó una vez más desprenderse del engranaje de la política. Sin demasiadas explicaciones, anunció su renuncia. Aseguró que esta vez es para siempre. Los diplomáticos, a quienes sorprendió eternamente con marchas y contramarchas aseguran que con Sihanuk nunca se sabe. Los periodistas dieron crédito a la versión: y recordaron que en 1973, desde Pekín, el príncipe había declarado: "Ya no amo a Francia. Francia me ha abandonado, me ha ofendido: ha reconocido a Lon Nol. Francia ha terminado para mí". El lunes pasado, sin embargo, junto con su renuncia el príncipe anunció que partía al exilio en París. El *foie-gras* fresco es capaz de hacerle perdonar cualquier ofensa.

